

Entrevista a Paco Ignacio Taibo II

Juan Álvarez
Universidad de Texas en El Paso

En música existe una noción por muchos años venerada. La noción de “oído absoluto”. Oído absoluto tiene un muy reducido grupo de seres humanos (privilegiados sin lugar a dudas), quienes una vez enterados de los mínimos códigos del lenguaje musical, son capaces de decirte, 100 veces de 100, la nota exacta que tocas en un piano afinado. Existe, sin embargo, otro grupo de seres humanos, quienes comparten una variante del oído absoluto. Son aquellos con la capacidad de reconocer un *La* desafinado para, sintonizados a la altura del desafinamiento, acompañar la banda sin desentonar por afinar correctamente.

De esta clase de hombres es Paco Ignacio Taibo II, un tipo generoso que fomenta “La República Democrática de Lectores”, organización no gubernamental y transnacional dedicada a repartir consejos de lectura por todas partes y en todos los idiomas posibles. Dentro de este cautivante encuentro con el exdirector

de la asociación internacional de novelistas policíacos, una serie de nombres resaltaron que consideramos deben compartirse con los lectores de *hojas Universitarias*: Philip J. Farmer y su pentalogía *Riverworld*; Howard Fast y su revolución de la novela histórica, *Spartacus*; Roger Simon, casi cualquier cosa de él, que el azar decida.

Del mundo literario y sus peligros

— *¿Tiene una lista, escrita o mental, de los libros que nunca escribirá, no tanto por no querer hacerlo como por saber (o pensar) que no podrá?*

Guau... No, no tengo esa lista. Ni la voy a hacer ni la quiero hacer ni quiero oír hablar de ella. Esa es la típica lista que me estropearía la felicidad de escribir. No. Tengo una lista de los libros que algún día escribiré... Porque son archivos míos en mi computadora. Y entonces tarde o temprano los iré matando. Y luego tengo nombres. Tengo

Existen, dentro de los escritores latinoamericanos, ciertas tendencias identificables. En los últimos años percibo un retorno a la pasión por contar, sin enredarse en la esquizofrenia de mostrar las costuras. Creo que volvemos a la literatura que cuenta, de dragones y castillos. La manera de contarlas no se puede volver más importante que la necesidad de contarlas.

nombres grandilocuentes: La gran y total y absoluta novela de aventuras. Y supongo que lo tengo porque es una especie de perversión: si le pones título a la película luego la tienes que filmar, ¿no? Porque además, me gustan las intenciones aunque luego no se concreten. Pero jamás se me ocurriría hacer una lista de lo que no puedo hacer. Conozco mis limitaciones. Hay cosas que sé que hago muy mal. Uno debe conocerse y trabajar en lo que puede explotar y disfrutar.

- *¿Existe hoy en día algo como La literatura latinoamericana? Más allá del accidente geográfico, quiero decir. Y de ser así, ¿aventuraría rasgos que hablen de ella?*

Como noción totalizante creo que no. Existen, dentro de los escritores latinoamericanos, ciertas tendencias identificables. En los últimos años percibo un retorno a la pasión por contar, sin enredarse en la esquizofrenia de mostrar las costuras. Creo que volvemos a la literatura que cuenta, de dragones y castillos. La manera de contarlas no se puede volver más importante que la necesidad de contarlas. Hay una enorme necesidad, hoy en día, de contar Latinoamérica. Es vital hacerlo. Incluso, la literatura se está convirtiendo en fuente de información. En una fuente más confiable y legítima que la Prensa inmediateista. La novela es el comunicador por excelencia para conectar el mundo con la comunidad. Esa es una visión tradicional, si quieres, pero urgente también. Todo esto estaba también en el Boom, aunque después estuviese de capa caída, en un periodo en el que se volvió una especie de literatura ocultista o reiterativa.

- *¿Cuál es la opinión entorno a su obra que más valora?*

Soy mi único lector antes de que se impriman. Lamentablemente... Y luego mis editores no me dicen nada. Dicen: “Interese-

sante”. Me cago en tu madre, ¿cómo que interesante?, ¿nada más interesante? Mi familia hace comentarios, pero muy parcos. Son terribles, muy duros conmigo, nada condescendientes. Entonces la verdad es que la primera oleada crítica que me da una idea de si el libro funcionó y cómo, llega en los primeros meses de haberse publicado a través de los primeros encuentros con los lectores. Ahí comienzas a sentir el calor de si el libro funcionó o no y cómo, cómo está siendo leído. Es un fenómeno que se produce cuando alguien llamado escritor conoce alguien llamado lector, y cuando este lector tiene la posibilidad de, socialmente, interactuar en ese libro con otros que también lo han leído. La literatura opera en el terreno de la sociedad. Eso es la literatura. Y no hay que confundirla con el acto de creación. El acto de creación, de producción literaria, es él sí un acto de soledad: escritor, demonios, etcétera. Ya está excesivamente dicho y excesivamente narrado el acto de creación. Yo creo que son dos cosas que hay que tener cuidado de no confundir. Una cosa es el concepto de bohemia y otro el de literatura, que es un acto social, insisto.

- *¿Qué significa ser uno de los escritores mexicanos más leídos de su tiempo, si se tiene en cuenta, por ejemplo, que Octave Feuillet era el autor más leído de su época en Francia y hoy nadie sabe quién es?*

¿Quién es Octave Feuillet?

[Risas]

La regla no es una regla calificante o descalificante. Es una regla incidental. Hay algunos escritores que coinciden con su país, o con su tiempo, con su momento. Hay otros que no lo hacen y que tienen que ser rescatados años después por geografías más lentas. No, no es síntoma de nada. Es una condición que te permite, básicamente, seguir escribiendo. Si te leen, te mantienen.

Es una relación muy generosa, y muy sana. Que te ayuda además a contribuir con el mundo cultural.

Yo lo pondría en términos muy sencillos. El que te lean mientras estás vivo y que tus lectores te saluden y te den palmadas en la espalda y le pongan el nombre de uno de tus personajes a su hijo, es un acto de gasolina... de gasolina ideológica. Es el ansiado y voluntario encuentro entre el que escribe y sus lectores. Eso no hace mi literatura más grande o más pequeña. Simplemente tengo esa fortuna: haber encontrado, en vida, y relativamente joven, a muchos de mis lectores. Porque, entre otras cosas, me permitió la libertad económica para escribir los libros que me ha dado la gana. Mis lectores me mantienen para que yo escriba lo que quiero. ¡Para mí es buenísimo!... Mi padre dice de vez en cuando, “hijo mío, debemos estar engañando a alguien, porque nos pagan para escribir”. Y es cierto, es glorioso, es el ajuste entre tu oficio y la posibilidad de ejercerlo con libertad. ¿No? Pero eso no hace mis libros mejores ni peores. Muchos escritores no encontraron en vida, o en tiempo, o en geografía, a sus lectores, hasta muchísimo después. Muchos escritores escribieron para lectores que todavía no existían y que habrían de aparecer en el futuro. Muchos escritores escribieron para pequeños grupos de lectores, o para grandes. No creo que deberíamos volverlo algo excesivamente

importante. Tengo para mí, insisto, la enorme suerte de haber encontrado relativamente joven y en vida, a mis lectores, y eso me ha permitido ser un escritor profesional.

- *Los enemigos políticos los doy por sentado. Pero, ¿y los literarios? ¿Cómo andan ellos?*

Son los mismos. Opositores de la literatura como posibilidad de liberación. Rostros en el aparato gubernamental mexicano, intolerancias del mundo de la literatura. Es un conflicto permanente, hipócrita pero entretenido. Por otro lado, me precio de pertenecer a una generación que, a diferencia de las anteriores, no practica el codazo. Sino lo contrario, la solidaridad. Los autores que tienen 55, 45, 35, 25, en América Latina, nos conocemos, nos leemos, nos vemos por ahí, nos sonreímos y, rara vez, nos golpeamos.

- *Ya ni siquiera sé si es legítimo pensar en términos de culturas altas y populares, pero asumamos la convención, al menos por ahora y por comodidad. ¿Qué significa esa idea de cultura popular en sus novelas? Pienso en lo siguiente: Ranking mundial en The Age of Empire. Catador de Coca Cola. Lector furibundo de comics.*

No hay oposición. Una de las conquistas importantes de la izquierda intelectual latinoamericana de las últimas décadas consistió, precisamente, en la ruptura de esa

.....
El escritor tiene que construir algo que jamás le dará la Academia: la autocrítica. La autocrítica no puede ser sustituida por la crítica. Es un instrumento de trabajo, de todos los días, decisivo.
.....

dicotomía. El refinado escritor y el vulgar escritor de manga remangada, borracho insoportable que porteros de embajada tenían que sacar por la puerta trasera, es una imagen que ya casi no existe. Esta esquizofrenia, esta dicotomía, muy practicada en una comunidad intelectual que creía que la bohemia era la escritura y no que la escritura era la escritura, pues no funcionó. Nosotros somos una generación que gozó de la sociedad en muchas de sus posibilidades, porque desacralizó totalmente la idea de una cultura mayor y una cultura menor. Y asumió que en términos de consumos culturales, Mahler, Santana, José Alfredo Jiménez, debían convivir en el mismo espacio, uno al lado del otro... bien juntos, porque no se contaminaban, ni se enfadaban por estar juntos en el disquero. En ese sentido gocé. No tengo ningún problema con hacer cambios abruptos.

- *Por las conversaciones que hemos tenido parecería probable formular su práctica de la literatura como una tensión entre el exceso y la arquitectura.*

Sí. Sí, con variantes. Un intento continuo por tratar de impedir que el lector tome el control de la novela. Permanente. Que la controle en términos de producción, de comodidad. ¿No? Yo creo que eso es importante. Tenerlo en mente todo el tiempo mientras se escribe. Y parte de un supuesto sencillo: si no me divierto yo, ¿por qué tengo que esperar que ellos lo hagan mientras me leen?

- *Pese a su distancia con la mayoría de los círculos académicos, si es que algo así existe, ¿tiene información reciente sobre la forma como se está haciendo crítica literaria? Y no me refiero únicamente a Estados Unidos.*

No. Estoy estrictamente alejado del espacio de la crítica literaria. Tengo contactos incidentales con uno en París, dos en Italia,

algunos en Estados Unidos. Son comunicaciones entre lectores. Pero no, estoy absolutamente alejado. Entre otras cosas por razones de economía y de tiempo. Me he concentrado en leer ficción. De hecho el asunto es todavía más cruel. He dejado de leer cuento para concentrarme en novela. Y he dejado de leer novelas pequeñas para andar leyendo novelas gordas. Porque cuando una novela te atrapa, y es gorda, te atrapa más tiempo.

- *México tiene una tradición reciente de talleres literarios atomizados y generalmente funcionando alrededor de una sola cabeza, al menos visible. En otros siglos las mujeres y los hombres se juntaban y se ponían a hablar y a darse consejos sobre sus propios textos. Estados Unidos, principalmente, ha desarrollado en los últimos cincuenta años la vinculación de la creación literaria con el espacio académico, de lo cual han surgido estos engendros locos con nombre largo: “Master of fine arts in Creative Writing”. ¿Qué opina?*

Son dos preguntas. Primero la tradición de los talleres. Yo creo que los talleres juegan en una primera fase de formación de un escritor un papel positivo. Enriquecen, iluminan, confrontan. Enseñan que los demás también piensan. Te sacan de tu pequeño yo. Te dan lecciones, te ayudan a que las comas sean comas. Después de un tiempo los talleres generados en torno a una figura que tiene ya trayectoria son peligrosísimos. Porque pueden tender a uniformar a los escritores. He oído cada barbaridad dicha por colegas en talleres: “No se puede escribir en tercera persona”. Y uno dice, tú no escribirás en tercera persona, pero ¿por qué mierda yo no voy a poder? Esa idea de la primera cabalgando encima de la segunda y la tercera es maniquea. Hay muchas formas de tercera persona. Es muy peligroso, tienden a uniformar, y a mediocrizar, a quitarle filo al tallerista y a convertirlo en

alumno permanente. Sometes una novela corta a un taller y te la celebran, luego caminas trescientos metros y la sometes a otro y te dicen que no sirve, que vuelvas a empezar. No hay ley, mano.

Respecto a la vinculación de la creación con la Academia... volvería a formular la misma tesis. En un primer momento enriquece; te obligan a leer ciertas cosas, te ordenan, te ayudan a adquirir cierto rigor y cierta disciplina, te ayudan a practicar cosas que no quieres pero que pueden ser útiles. Ejercicios, juegos, construcciones. Llenas la papelera. Nunca mejor usada la palabra ejercicio. Llega un momento en que son peligrosísimos. Porque te pueden perpetuar en una posición de la que hay que sacudirse. Te pueden idiotizar. Porque el escritor tiene que construir algo que jamás le dará la Academia: la autocrítica. La autocrítica no puede ser sustituida por la crítica. Es un instrumento de trabajo, de todos los días, decisivo. Todos los días está detrás de tu oreja un enano japonés que te dice: "imamón!, quítale ese punto, basta ya, hombre, deja que corra la frase." "¡Mamón!, eso es un lugar común, pendejo, no vuelvas a usar asociadas palabras como bello atardecer, ¡o te fusilo!" Ese enano japonés que tiene el escritor bien adentro tienes que cultivarlo. Si yo soy uno de los máximos defensores de la idea de que la literatura es un hecho social que se produce cuando alguien llamado escritor se encuentra con alguien llamado lector de una manera repetida en una sociedad comunicante, también soy un extremado defensor de la creación como un acto de fantasmas, demonios y soledades. Diferenciando así creación de literatura.

- *Maliciosamente he tratado de hacerlo hablar mal de algún escritor, como para seguir alimentando lo que Villoro en una entrevista a Fernando Vallejo llamó, "Los chismes sobre las vanidosas potestades*

de la república de las letras". Pero no conseguí nada. ¿Política o accidente en esta entrevista?

Suelo no desperdiciar mi tiempo hablando mal de la gente. Hay gente que no me gusta. Que no me gusta como persona o que no me gusta como escritor. Hay unos que leo y otros que no. No tengo obligaciones, no siento que tenga obligaciones. No tengo por qué leerlos a todos. Hay gente que no me gusta y me creo una distancia. A veces me equivoco. Hice algunas cosas vergonzosas. No me arrepiento, pero he corregido. Por ejemplo, el día que Borges, a mitad de los años setenta, salió a decir que los militares eran unos caballeros, todos mis libros de Borges los saqué y los tiré por la ventana. Un amigo mío que pasaba, se llamaba Tomás, tocó el timbre y dijo: "¿tienes más?, itira más! ¡Kafka también!" Bien, los tiré todos. Me quedé sin Borges. Viejito canalla... viejito canalla hijo de puta. Arrogante, aristocratizante... su idea de la novela policíaca me toca los cojones. Y sin embargo, con esa lucidez... entonces, estando en Buenos Aires decidí que era hora de reconciliarme. No con el Borges canalla sino con el otro Borges. Y me reconcilé, compré de nuevo un libro de él. En general no pierdo el tiempo hablando de los libros que no me gustan o de los autores que no me interesan, o de los autores que personalmente me repugnan. Dedico mejor mi tiempo al intercambio de información, al elogio. A fomentar "La República Democrática de los Lectores". Eso sí. Porque me parece alucinante que recomiendas un libro y ese dato vuelve, tarde o temprano.

- *¿Qué es La República Democrática de los Lectores?*

Es una organización no gubernamental, no estatal, no fundacional, en la que no hay que inscribirse y de la que no te puede expulsar.

.....

Las cosas que he leído de la novela contemporánea colombiana no me parecen un catálogo de sicarios. Me parece una literatura que ha vuelto a mirar las ciudades, que ha roto con el trauma de ser hijos bobos de García Márquez..., ya se libraron de papá, ya son individuos responsables que escriben su propia mierda sin tener que pedirla prestada.

.....

Existe a escala planetaria. Y se define en una función sencilla: gente que lee como loco y recomienda libros en conversaciones espontáneas. Es quizá el gran mecanismo defensivo que hemos inventado a nivel social, para defendernos de una sociedad cada vez más dominada por el *marketing* y la publicidad.

- *Hace un par de meses, un conocido periodista colombiano que lleva por nombre Juan Gossain, y quien publicaba por esos días su novela La Balada de María Abdala, dijo en entrevista que la literatura colombiana se había convertido en un catálogo de sicarios. Cito: “Yo digo que la literatura colombiana de hoy se ha convertido en un catálogo de sicarios. No pido que ignoren la realidad, pero me parece grave que ésa sea la única realidad que ven”. ¿Le merece alguna opinión?*

Sí. Me parece fácil y descalificante. Injusto, por lo demás. Las cosas que he leído de la novela contemporánea colombiana no me parecen un catálogo de sicarios. Me parece una literatura que ha vuelto a mirar las ciudades, que ha roto con el trauma de ser hijos bobos de García Márquez..., ya se libraron de papá, ya son individuos responsables que escriben su propia mierda sin tener que

pedirla prestada. Se han liberado del trauma primigenio y no tienen que practicar el realismo mágico.

No conozco mucho de la literatura joven colombiana, pero la que conozco me parece muy seriamente tratada. Pero además, la pretensión de que hay que contar historias alegres para que el lector se meee de felicidad, es una decisión, no una obligación. No se vale forzar el alegrismo en literatura. Y menos en un país que está tan jodido como Colombia. Al revés. El país necesitaba una literatura histórica. Durante años, desde la semana negra, nos preguntábamos: ¿dónde está la novela policíaca colombiana? ¿Cómo no están contando la degradación? Y ahí apareció, y lo agradecemos los lectores.

- *Entiendo que le rompe un poco los cojones el minimalismo, norteamericano o no, no importa. Y le rompe, corríjame si me equivoco, porque generalmente se asocia a la narración de Lo Cotidiano. Pero, ¿y si tiene que ver con una economía del lenguaje, y no con tacañería en lo anecdótico?*

Sí. Me fastidia el minimalismo, pero no en tanto cotidianismo. Creo que acá convendría colocar una raya. Me fastidia el minimalismo

en cuanto al ombligismo. La percepción del mundo con una pulgada de distancia respecto al ombligo de uno. Me preocupa, me aterra, pero, sobre todo, no me interesa. Me parece un ejercicio de mal gusto, en un mundo como el que estamos viviendo. Economía del lenguaje... sí, a veces. Yo soy partidario de que el mejor consejo es el que no existe, y de que la mejor generalización es aquella que nunca enunciaste. Peligrosísimo hacer una apología del punto seguido hemingwayano. ¿En contra de qué? ¿De la frase con 17 subordinados? Yo diría que entonces sí. Una frase con 17 subordinados, entre otras cosas, hace que el lector no sepa al final de haberla leído, de qué coño estábamos hablando. En ese sentido sí. Lenguaje económico en el sentido de pobreza, pues no. El estacato no me gusta, me gusta el adjetivo. Yo soy hijo del barroco. Me gusta que el adjetivo florezca, yo soy hijo de Quevedo. Y sin embargo, no deja de interesarme Hemingway en su parquedad, ¿no? Pero al fin y al cabo, cuando hay un escritor norteamericano que me cae fino, pues es el anti-minimalista por definición, que es John Dos Passos. Un tipo que en una novela es capaz de meter 72 personajes centrales, 37 subtramas secundarias, y cerca de 150 tramas laterales. Ese es el que me gusta. A mí lo que me haga navegar el Missisipi, el Nilo, y no la mierda del arroyo de un pueblito en quien sabe dónde. Un río grande, donde pasan muchos barcos fluviales, y te mean los burros, donde hay vampiros y hay piratas. La literatura que me gusta es la literatura del río grande.

En breve

– *¿Qué le diría a quien si lo hubiese conocido?*

Al director general de la Coca Cola. Si lo hubiera conocido le diría que tienen que ponerle más azúcar y malta. Y un poquito más de cafeína.

– *¿Qué oficios cometió antes de poder vivir de la literatura?*

Era escritor. Fui escritor por muchos años. Escribí toda la mierda que se puede escribir. Programas de televisión de horóscopos. Documentales sobre los bosques en Chihuahua para la empresa de celulosa. Programas de investigación científica. Fotonovelas con monjas yeye. Programas de televisión de música ranchera mexicana. Trabajé en una revista escribiendo los pies de página de las fotografías. Ahí recibí la primera gran educación narrativa que me dio mi padre. Me dijo: “Hijo mío, no seas pendejo, no digas en el pie de foto lo que se puede ver ya en la foto”.

– *La Lejanía del Tesoro.*

Me gusta. Es mi primer gran aproximación, junto con “Cuatro Manos”, al concepto de la novela río. La novela que fluye y desemboca en muchos lugares. Como metáfora política es una novela que me gusta mucho. Yo soy de una generación a quienes no dijeron que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Lo que no nos dijeron fue que algún hijo de puta estiró las calles. Es una metáfora absolutamente apropiada de la generación de los nacidos para perder.

– *¿Ha visto alguna vez a la mujer más hermosa?*

No, pero me casé con la mujer más simpática, inteligente, brillante y guapa del planeta.

– *¿Ha visto alguna vez la imagen más hermosa?*

Sí, y además la he visto varias veces, con lo cual se estropea lo de “la más”. Por lo cual propongo que introduzcamos el catálogo como: “la más varias veces más”, porque o sino no funciona. Sí. Una vez estaba en el Zócalo de la ciudad de México y la luz de la tarde construyó un Bergman. Los ladrillos del Palacio Nacional eran rosados. Me quedé

con la boca abierta y me dieron ganas de ponerme a llorar.

– *¿Ha visto el horror?*

Lo peor del horror, como decía Andreyev, es que no lo vemos, que creemos que no existe. Sí, sí lo he visto. Tiene que ver con el abuso.

– *Un paraje de la humanidad.*

¿Geográfico? Me gusta Venecia. Me gusta engañar a los turistas japoneses en Venecia. Es la ciudad verdadera, y absoluta, y asquerosamente literaria.

– *¿Ha conocido algún narcotraficante?*

Uno seguro, y otro casi. Era un agente de la policía judicial mexicana, y era seguro. Y otro, sino era narco, lo parecía.

– *Azar.*

Bienvenido sea. 